

GARCÍA FITZ, Francisco*Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo.*

Desperta Ferro.

Madrid, 2024, 664 pp.

ISBN: 978-84-128068-0-9

La editorial Desperta Ferro ha vuelto a publicar la obra sobre las Navas del profesor Francisco García Fitz, catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Extremadura y autor consagrado en el estudio de la guerra durante este periodo.

La principal novedad de esta reedición, *Las Navas de Tolosa. La batalla del castigo*, con respecto a la obra original que publica-se la editorial Ariel en 2005 es un estudio introductorio en el que se da cuenta de los avances de la investigación sobre este episodio bélico en los dos últimos decenios. Destacan la aparición de nuevas fuentes escritas, como las editadas por Martín Alvira Cabrer, otro medievalista señero en la Historia militar; y materiales, concretamente las analizadas por Irene Montilla y Juan Carlos Castillo Armenteros en la Universidad de Jaén sobre el espacio de la contienda. No menos importantes han sido los estudios impulsados por la conmemoración del octavo centenario de la batalla en 2012, muchos de los cuales se desglosan en la bibliografía actualizada de cada uno de los siete capítulos del libro.

El objetivo del autor era poner la batalla de las Navas «en perspectiva» (p. X) mediante una contextualización más adecuada de lo que se había hecho hasta entonces. Para ello, insertó aquella lid en el marco de las dinámicas bélicas entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica durante la Edad Media. Así, otorgaba al lector un punto de vista privilegiado para apreciar los contrastes y paralelismos de aquella pugna con respecto a otras experiencias militares de la época.

Es precisamente este enfoque el que le permitió reevaluar historiográficamente uno de los acontecimientos más estudiados por la Historia militar. De la evolución de esta disciplina se ocupa el primer capítulo, «Orto y ocaso de un mito historiográfico». Desde los planteamientos decimonónicos de Carl von Clausewitz, se consideraba que el «arte de la guerra» se había deteriorado tras la caída de Roma. Así, la «estrategia» o la «disciplina» de los ejércitos habrían sido postergadas por otras virtudes marciales, como el ímpetu y el arrojo de los guerreros, para alcanzar la victoria en las batallas campales. Pero lo más llamativo de estos primeros eruditos era cómo se focalizaban en esos encuentros bélicos pese a su escasez durante la Edad Media.

Con todo, García Fitz excusaba aquella distorsión argumentando que dichos autores no hacían sino reproducir la imagen que transmitían las crónicas. Así, por ejemplo, don Rodrigo Jiménez de Rada, el celeberrimo arzobispo de Toledo, dedicó doce de los quince capítulos del libro VIII de su *Historia de rebus Hispaniae* a narrar los tres meses de la campaña de las Navas. «Parece claro, pues, que el mito de la batalla medieval fue creado por los propios contemporáneos», como afirma el autor (p. 40). De ahí la importancia de su obra para consolidar la renovación metodológica de una disciplina lastrada por las rémoras positivistas de sus primeros estudiosos.

En este sentido, no será hasta fines del siglo xx cuando las batallas campales comenzarán a ser analizados desde un enfoque más amplio, como leemos en el segundo capítulo: «La batalla en su contexto estratégico». Ya a comienzos de la centuria, Liddell Hart hablaba de una «estrategia de aproximación indirecta» (p. 16) que ponía el foco en operaciones bélicas de desgaste propias de las

cabalgadas: robo de ganados, cautiverios, tala de bosques o destrucción de cultivos. La ejecución de estas acciones de hostigamiento no podría entenderse sin la preferencia por la guerra defensiva en el Medioevo, esto es, el refugio en un castillo y su custodia para asegurar el control del espacio. De ahí que aquellas actividades predatorias tuviesen como ejes de actuación los puntos fortificados sobre el terreno. Los mismos tratadistas medievales, muchos de ellos deudores del autor tardorromano Vegetio, enfatizaban las mayores posibilidades de éxito que ofrecía la protección de una muralla frente a los combates a campo abierto. Esta «estrategia obsidional», según Claude Gaier (p. 17), desmitificaba buena parte de los tópicos en torno a las batallas medievales.

Curiosamente, es aquí donde radica la gran excepcionalidad de las Navas: «se trató de una batalla con propósito estratégico, con un fin en sí misma [...] fue buscada por su capacidad de aniquilación de las fuerzas del adversario» (pp. 88-89). Tras la afrenta sufrida en Alarcos (1195), Alfonso VIII de Castilla buscó con ahínco resarcirse por medio de un *campestre bellum* que el califa almohade Muhammad al-Nasir, el Miramamolín de las crónicas cristianas, trató de eludir sin éxito. De ahí el apelativo árabe de la batalla de al-Iqab o del «castigo».

El camino hacia ese encuentro frontal o *praelium* del 16 de julio de 1212 es descrito en el tercer capítulo, «La confluencia política hacia las Navas». Como es preceptivo para cualquier historiador, García Fitz tamiza críticamente la calidad y fiabilidad de la variada y rica cantidad de testimonios consultados para lograr una inmersión plena en los antecedentes de las Navas. Es especialmente llamativa la ambigüedad de las relaciones entre cristianos y musulmanes desde la instauración del régimen de las parias en el siglo XI

y la llegada de los imperios norteafricanos. Muchas de las situaciones descritas por el autor matizan sobremanera el exclusivo carácter confesional con el que suele concebirse el conflicto entre ambas sociedades. Ejemplos de ello son las alianzas de Alfonso VII el Emperador con Ibn Mardanis, el Rey Lobo de la taifa murciana, para frenar a los almohades; el papel de algunos nobles cristianos, como Gerardo Sempavor, al servicio de las filas magrebíes; o la unión de Alfonso IX de León y Sancho VII de Navarra con los unitarios para saldar cuentas pendientes con Alfonso VIII de Castilla tras la infructuosa campaña de Alarcos. Ante este panorama, no debe resultar extraña la perplejidad del Papado, que realizó un ímprobo esfuerzo diplomático para conseguir que los reinos cristianos peninsulares formasen un frente común contra el islam.

El cuarto capítulo, «La ordenación de los recursos militares (I). Castilla», describe las fuerzas que consiguió congregarse Alfonso VIII en Toledo para la campaña. Aunque también participaron los contingentes aragoneses de Pedro II el Católico, los navarros de Sancho VII el Fuerte, amén de otros tantos portugueses, leoneses y miles de voluntarios extrapeninsulares, el capítulo se centra en la composición de aquella hueste desde la perspectiva castellana. En este sentido, el análisis de la batalla sirve a García Fitz para profundizar en la estructura de una sociedad preparada por y para la guerra, siguiendo con la clásica interpretación de Elena Lourie. Así, la convocatoria del rey afectó principalmente a la nobleza por sus vínculos feudovasalláticos y los sectores sociales caballerescos debido a la alta calidad de sus efectivos. La mesnada regia, las órdenes militares y las guarniciones de las fortalezas fronterizas completarían aquellas fuerzas permanentes junto con las no permanentes de las tropas señoriales y las

milicias urbanas, si bien el reclutamiento de estas últimas estaba condicionado por privilegios y limitaciones espacio-temporales. Estas tropas no se diluían en el ejército, sino que mantenían sus propias señas de identidad, a fin de garantizar el orden en las contiendas, algo favorecido por su cadena de mandos. No deja de ser llamativa esta diversidad de recursos humanos si consideramos el desafío económico que supuso para la monarquía financiar la campaña, dependiente de un limitado sistema fiscal de impuestos ordinarios y extraordinarios que se complementaba con los recursos de la Iglesia, empréstitos y el quinto del botín. Y todo ello para asegurar el aprovisionamiento de miles de hombres y bestias, un reto logístico no menor que puso en jaque el desarrollo mismo de la empresa.

El «Ejército almohade» es objeto de estudio del sexto capítulo. Tal vez sea aquí donde podrían apreciarse más las limitaciones que el mismo autor reconoce a la hora de trabajar las fuentes árabes con las traducciones disponibles, algunas obsoletas ante la necesidad, cuando menos, de una revisión. No obstante, lo cierto es que dicho apartado no parece resentirse en demasía por estos aspectos: García Fitz ofrece un exhaustivo análisis de los efectivos magrebíes que facilita una aproximación comparativa a los contendientes de las Navas.

Así pues, el ejército unitario se componía de las tropas profesionalizadas del *yund*, hueste sostenida por el poder central; del *husud*, reclutadas de manera forzosa y temporal; y los voluntarios de la guerra santa (*mutatawwi'a* o *mutaww'a*), cuyo fervor religioso por el martirio apenas si se compadecía con su eficacia en el combate. No siempre es fácil conocer la composición de estos contingentes, pero se podían distinguir las cabilas o tribus bereberes «de primera hora», es decir, de los inicios del movimiento almohade, y

las tardías o posteriores. A ellas se añadían la guardia personal de esclavos negros (*Abid al-Mahzan*) del califa, las tribus árabes, los arqueros o *ruma*, el cuerpo de élite de los jinetes kurdos a caballo, las tropas andalusíes y los mercenarios cristianos.

Cada una de estas unidades mantenía sus propias señas distintivas para reconocerse durante los combates. Esta diferenciación se debía a las propias solidaridades tribales (*asabiya*) que constituyeron el embrión de muchas de ellas. Aunque esta diversidad podía dificultar su cooperación, se paliaba con la cadena de mandos impuesta por el califa. Prueba de ello es la ininterrumpida secuencia de rotundos éxitos militares de los almohades desde mediados del siglo XII en el Magreb, Mallorca y al-Andalus hasta la toma de Salvatierra en 1211, detonante de las Navas. A ello debió de contribuir su sofisticado sistema de financiación, lejos del alcance de cualquier monarquía feudal del momento. Y es que garantizar el abastecimiento y movilidad de un ejército tan dispar desde el Norte de África hasta la Península únicamente a través de la fiscalidad ordinaria emanada de la legislación islámica sin recurrir a impuestos extraordinarios pone de manifiesto una estatalización del esfuerzo bélico sin precedentes. Se trataba, por tanto, de un imperio en la plenitud de su poder en el momento de la contienda, en contraste con la visión historiográfica tradicional, como enfatiza García Fitz.

Es así como llegamos al séptimo capítulo, «Los recursos ideológicos: Reconquista, cruzada y *yihad*». Es difícil determinar hasta qué punto estos discursos legitimadores constituían la causa de los conflictos o si, más bien, eran empleados para justificar otro tipo de intereses. En un terreno tan resbaladizo, al historiador le interesa analizar, como advierte García Fitz, las razones que

esgrimieron ambos bandos para amparar sus acciones.

Tal es el caso del concepto «Reconquista», un término consagrado historiográficamente pero no exento de controversia: de una manera sintética y clarificadora, García Fitz realiza un breve recorrido sobre las distintas posturas acerca de su uso para concluir que se trataba de un constructo ideológico empleado por los reinos cristianos con el fin de justificar su expansión hacia al-Andalus. Y ello con independencia de su mayor o menor correspondencia con la realidad histórica, es decir, que los «reconquistadores» fuesen verdaderamente los herederos del antiguo reino visigodo y que, por tanto, estuviesen librando una «guerra justa» para recuperar la tierra que inicuamente les había sido arrebatada. A esta vertiente histórico-jurídica se añadía la religiosa debido a la sacralización de la violencia contra los musulmanes por los méritos espirituales que comportaba. Así, además de justa, aquella era una «guerra santa».

De ahí la dificultad de establecer las influencias de la cruzada, en tanto que manifestación más elaborada de la guerra santa cristiana, en el escenario peninsular, dada su superposición con la ideología reconquistadora. Lo cierto es que los pontífices tendieron a equiparar en términos espirituales la guerra en Oriente con la librada en Hispania, territorio que, como declarase el mismísimo Gregorio VII, formaba parte del *Patrimonio de San Pedro*. Por tanto, la cruzada no hizo sino universalizar el carácter local de aquella lucha en la Península en pro de la Iglesia y de la Cristiandad. Solamente así puede entenderse que Inocencio III acogiese de buen grado la solicitud de Alfonso VIII de predicar una cruzada para su campaña.

Los almohades también poseían un elaborado armazón ideológico con el que movilizar a sus fuerzas: el *yihad*. Ante las polémicas

actuales por la asociación del término con el «terrorismo» y por las aproximaciones pacifistas al mismo, García Fitz puntualiza acertadamente que «*yihad* no solo es guerra, pero también es guerra» (p. 463). Ciertamente, el *yihad* puede entenderse como el «esfuerzo en el camino de Dios» para la purificación del alma tanto de las pasiones como de las tentaciones materiales. Pero ese «esfuerzo» también se interpretó como el combate contra los enemigos de la fe a partir de la exégesis del Corán y de las tradiciones sobre la vida del profeta, es decir, las fuentes empleadas por las distintas escuelas jurídicas islámicas para regular el *yihad*. Así, de acuerdo con la escuela malikí, al-Andalus fue concebido como un *ribat*, un lugar donde ejercer esa espiritualidad marcial y meritoria contra los cristianos. En este punto, sin embargo, García Fitz, siguiendo la postura tradicional, mantiene que la sociedad andalusí no fue tan receptiva a esa idea como el Estado almohade. De ahí el interés de la reciente obra colectiva *Al-Andalus y la guerra* (La Ergástula, 2024), coordinada por Javier Albarrán, ya que cuestiona esta asunción historiográfica, perpetuada por la carencia de estudios sistemáticos sobre el mundo militar andalusí.

García Fitz aborda finalmente la batalla en el capítulo séptimo, «Desarrollos tácticos». En cuanto a la magnitud de las fuerzas que se midieron frente a frente, «nada hay menos inocente que una cifra» (p. 512): los números arrojados por las crónicas deben entenderse de manera simbólica, vista su desmesurada inflación. No obstante, gracias a la gran cantidad de fuentes disponibles de uno y otro bando, muchas de ellas escritas, además, por testigos de los acontecimientos, se estima con cierta fiabilidad que el volumen del ejército cruzado fue de unos 12000 efectivos, mientras que las tropas almohades habrían sido algo más del doble. Son unas

cifras imponentes si consideramos que los conflictos medievales solían reunir a cientos y solo puntualmente a unos escasos miles de soldados.

Por su parte, el lugar donde se produjo el enfrentamiento en las estribaciones de Sierra Morena fue imprevisto: después de hacerse con el castillo de Ferral y el puerto del Muradal, los cristianos se vieron interceptados por los almohades en el desfiladero de Losa, sin posibilidad de avanzar y sin víveres. En un momento tan crítico, parece ser que un pastor mostró providencialmente a Alfonso VIII un camino alternativo hasta la cima de la Mesa del Rey. Allí dispuso sus fuerzas en tres cuerpos verticales, cada uno de ellos integrado por diversos haces o unidades de guerreros que se subdividían en otras tantas llamadas *conrois* o escuadrones de caballeros. El califa se vio entonces sorprendido, por lo que concentró precipitadamente sus tropas en el Cerro de Olivares. Ante la superioridad técnica de los cristianos, intentó aprovechar las ventajas del terreno desplegando sus efectivos en un orden (*táabia*) de cinco cuerpos (*kordus*): la vanguardia (*mocaddama*) de voluntarios para absorber el impacto letal de las cargas enemigas; un cuerpo central (*qalb*) en el que se concentraban las tropas más sólidas para contenerlas con el apoyo de sus alas izquierda (*maisara*) y derecha (*maimana*); y el último cuerpo de retaguardia (*saqa*) que cubría al resto de tropas.

Así, contrariamente a lo afirmado por la primera historiografía militar, las Navas fueron un ejemplo antológico del conocimiento táctico de los contendientes. Los mapas, otra de las grandes novedades que aporta esta reedición junto con las 77 figuras que ilustran sus contenidos, constituyen un complemento indispensable para comprender gráficamente el desarrollo de «la batalla de Úbeda», tal y como la denominaron los

cronistas alfonsíes. El azar, en este caso, jugó a favor de los cristianos, quienes pudieron aprovechar mejor la topografía de aquel inesperado escenario: tras resistir las provocaciones de árabes y jinetes kurdos, quienes no pudieron llevar a cabo sus ataques y retiradas rápidas —táctica castellana del *tornafuye*— por la estrechez del terreno, la caballería pesada cristiana consiguió ejecutar con gran éxito las sucesivas cargas contra las filas almohades. Aunque estas últimas tampoco lograron realizar la maniobra envolvente con la que atacar a los cruzados por flancos y retaguardia, consiguieron momentáneamente absorber los embates cristianos. Tras unos instantes de confusión, el paulatino avance de la zaga cristiana junto con la acometida final de los tres reyes permitió desbaratar definitivamente la formación almohade, que se dio a la fuga. García Fitz sorprende aquí al lector por el grado de inmersión narrativa que consigue gracias a su detallada recreación de aquellas maniobras y del espacio en que tuvieron lugar.

Fue así como los cristianos vencieron una «batalla decisiva» al imponerse de un modo incontestable a los almohades. Con todo, para García Fitz, tal calificativo no es más que otro tópico si analizamos las consecuencias más inmediatas del encuentro campal: apenas un mes después del mismo, los cristianos, diezmados por las enfermedades, tuvieron que poner fin apresuradamente a la campaña sin poder rentabilizar su victoria, al tiempo que los almohades, lejos de ser destruidos, consiguieron expulsarlos de la frontera oriental de sus dominios peninsulares en los años siguientes. Por tanto, García Fitz, siguiendo a Huici Miranda, afirma que las Navas no habrían supuesto el punto de inflexión que la historiografía les atribuye: la inercia preexistente habría provocado, antes

o después, el mismo devenir histórico para ambos bandos.

Tal vez sea esta la única observación del autor que pueda resultarnos algo más drástica con respecto al cuidado estudio que ofrece a lo largo de las páginas de la obra, hasta el punto de minimizar, siquiera inconscientemente, otra consecuencia importante de las Navas que describe: el disputado control del espacio entre el Tajo y Sierra Morena, sin el que no habría sido posible la conquista castellana del valle del Guadalquivir en las décadas siguientes. Si bien García Fitz atribuye esta expansión territorial a la meticulosidad organizativa de la campaña castellana, presuponer que no habría cambiado esa tendencia de haber sido distinto el desenlace de la batalla nos parece demasiado categórico, considerando, además, su revalorización sobre el esplendor del poder almohade en esos momentos tras las pérdidas territoriales de los reinos cristianos ibéricos desde 1174. De hecho, él mismo se hace eco de la batalla de los cuernos de Hattin (1187) y la

consiguiente caída del Reino Latino de Jerusalén para ejemplificar el significativo impacto que tuvieron algunas contiendas pese a la deformación historiográfica que hicieron de ellas los primeros historiadores militares del siglo XIX.

Es por ello que esta observación debe entenderse de acuerdo con la firme y loable voluntad de García Fitz de desmitificar los tópicos historiográficos sobre las batallas medievales, en general, y de las Navas, en particular. Un objetivo que consigue con creces en esta reedición de una obra referente no solamente para comprender aquel acontecimiento bélico en sí mismo y el marco histórico en el que se produjo, sino también para la modernización disciplinar de la Historia militar.

Juan Manuel Carmona Pérez

Universidad Autónoma de Madrid

juan.carmona@uam.es

<https://orcid.org/0000-0003-1600-3866>